

Mujeres y tecnologías digitales  
Verónica Sofía Ficoseco (2018)  
*Género y tecnologías digitales. La experiencia  
en entornos virtuales de aprendizaje*  
Universidad Nacional de Quilmes. 247 p.

---

Dorismilda Flores-Márquez  
Universidad De La Salle Bajío

La incorporación de tecnologías digitales en distintas esferas de la vida social ha detonado el interés por analizar distintas dimensiones de ellas. La educación es una de las esferas clave donde se han abierto posibilidades, cuestionamientos, políticas y prácticas en relación con lo digital. En los años recientes, el cruce entre tecnologías y género ha ido ganando relevancia al visibilizar las desigualdades y oportunidades en torno al acceso y uso de la tecnología, así como las prácticas de comunicación.

En *Género y tecnologías digitales: La experiencia en entornos virtuales de aprendizaje*<sup>1</sup>, Verónica Sofía Ficoseco conjunta las preocupaciones por la tecnología, la educación y el género, mediante el abordaje de los modos en que las mujeres desarrollan relaciones sociales en entornos virtuales de aprendizaje. La autora es egresada del Doctorado en Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata en Argentina. El libro procede de su tesis doctoral y se suma a una serie de publicaciones suyas en torno a género, feminismo, medios y redes socio-digitales, así como aprendizaje.

---

<sup>1</sup> El libro está disponible en acceso abierto en el sitio web de la Unidad de Publicaciones de la Universidad Nacional de Quilmes: <http://unidaddepublicaciones.web.unq.edu.ar/libros/genero-y-tecnologias-digitales-la-experiencia-en-entornos-virtuales-de-aprendizaje/>



## Género y tecnologías digitales

La experiencia en entornos virtuales de aprendizaje

Verónica Sofía Ficoseco



*Género y tecnologías digitales* consta de cuatro capítulos, además de la introducción y la conclusión. En la introducción, la autora despliega de modo muy didáctico el problema de investigación en torno a las experiencias de mujeres en entornos virtuales de aprendizaje. En esta línea entiende las relaciones de género como una dimensión constitutiva de todas las relaciones. Además, entiende a “la experiencia como espacio de pliegue y contacto donde confluyen la posición de un sujeto o grupo en relaciones históricas y materiales concretas, la relación de los sujetos con esas condiciones y sus posibilidades de percepción, significación y acción con las mismas” (2018: 10). Sostiene que la experiencia está atravesada por espacialidades y corporalidades y que se construye a la vez *online* y *offline*. Empíricamente, aborda el caso de los entornos virtuales de aprendizaje de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, unidad San Julián, desde un enfoque etnográfico que permitió recuperar la perspectiva de las usuarias,

mediante el estudio de los foros de discusión, testimonios de las usuarias y, de manera complementaria, la cartografía deseante.

La primera parte, integrada por los capítulos 1 y 2, aporta la base conceptual del libro. En el capítulo 1 se abordan los debates teóricos en torno a la virtualidad, a partir de autores como Pierre Lévy, Manuel Castells, Donna J. Haraway, Judy Wajcman, Sadie Plant, Allucquère Stone y más; mientras que el capítulo 2 está dedicado a la experiencia, las subjetividades y el reconocimiento, con base en las propuestas de Judith

Butler, Monique Wittig, Teresa De Lauretis, Chandra Mohantis, Linda Alcoff, Maurice Merleau-Ponty, Guy Debord y Paula Sibilia. La noción de “experiencia de las mujeres” que conecta ambos capítulos se retoma de Haraway y se contrasta con la posición de Wajcman.

Los siguientes dos capítulos presentan los resultados del análisis, que contempló relatos, testimonios y observaciones. De modo más específico, en el capítulo 3, “Relaciones sociales con las tecnologías” se exploran los modos en que las mujeres que formaron parte del estudio han incorporado lo digital en su vida cotidiana. Esta parte se construye sobre coordenadas temporales y espaciales. Plantea, por ejemplo, cómo para estas mujeres el uso de las tecnologías digitales se concentra en la escuela —lo cual se entiende, porque el trabajo empírico se realizó en entornos virtuales de aprendizaje— y se mezcla con tareas domésticas y familiares, pero también cómo hay una especie de ausencia de tiempo libre entre las mujeres y cómo se ha naturalizado que ellas tengan que justificar por qué el uso que hacen es productivo. Señala también cómo, al igual que suele ocurrir con el espacio público urbano, el espacio virtual —como la autora lo nombra— tiende también a reproducir las exclusiones, hostilidades y riesgos para las mujeres. Enfatiza, además, la dimensión espacial de la experiencia, sobre todo en un lugar como la Patagonia, geográficamente alejado, lo que se traduce tanto en una necesidad de vínculo para aquellas que son migrantes, como en una serie de complicaciones en la infraestructura, lo cual limita la calidad de las conexiones.

El capítulo 4, “Configuración de virtualidades: La experiencia multisituada” avanza hacia otras dimensiones de la experiencia con las tecnologías, como la corporal, las relaciones sociales, familiares y de amistad. En estas páginas, la autora da cuenta de cómo en los discursos de las propias mujeres sobre su relación con las tecnologías es posible identificar la reproducción y actualización de los estereotipos de género, que consideran a las mujeres como subalternas. Hay, incluso, cierto control familiar sobre el tiempo que ellas dedican a interactuar a través de internet, así como sobre las relaciones que se establecen en línea. Pese a todo, las tecnologías se han vuelto fundamentales para los modos en que estas estudiantes ganan un poco de autonomía, algunas viven su

experiencia migratoria dentro de Argentina y establecen relaciones en lógicas multisituadas: las redes les permiten tanto mantener y fortalecer vínculos con quienes ya conocen, pero también conocer a otras personas.

En suma, el abordaje conecta las relaciones que se establecen con las tecnologías con los modos de habitar lo virtual. Esto implica, como la propia autora lo menciona en las conclusiones, entender a internet no como una herramienta, sino como un espacio. Tal cosa trasciende las fronteras de estos entornos virtuales de aprendizaje que, si bien aparecen en el título, se desdibujan a lo largo del libro, porque son más bien la puerta de entrada para ver otras dimensiones de la experiencia femenina.

Ahora bien, pasó algo de tiempo entre el trabajo de campo (2012-2013), la defensa de la tesis (2014), la publicación del libro (2018) y esta reseña (2021). ¿Qué de todo esto sigue siendo pertinente? Mucho. Por un lado, el análisis de las prácticas en o a través de las tecnologías digitales es, de por sí relevante. Enfocarse en las mujeres de la Patagonia es clave. Como la propia autora señala, se trata de una región que suele ser vista desde fuera: “suele invisibilizarse que estas concepciones de la región son producto de miradas producidas desde el centro del país y, como toda visión centralista, cargada de marcas que exotizan y homogeneizan al interior” (2018: 24). Aportar elementos para comprender las prácticas y experiencias desde lugares distintos a los convencionales es una aportación para comprender la diversidad en términos tecnológicos y sociales.

El análisis con perspectiva de género es siempre necesario. Si bien el trabajo no se presenta explícitamente desde la lente de la interseccionalidad, sí aporta elementos para avanzar hacia allá, al cruzar diferentes condiciones como la de género, la familiar, la migratoria, la regional, las cuales configuran especificidades en las prácticas que las mujeres realizan en o mediante las tecnologías digitales. Esto habla tanto de las particularidades del contexto local como de las regularidades al comparar con las prácticas y experiencias de mujeres en otros lugares del mundo. En los años recientes ha cobrado relevancia esta relación entre género y tecnología, sobre todo en cuanto al activismo feminista en línea y la violencia digital que se recrudece contra las mujeres.

Hay algo más. La pandemia por la COVID-19, con el repliegue hacia los hogares y el traslado de muchas actividades académicas,

laborales, cívicas, entre otras, a los entornos digitales, ha sido un punto de inflexión que nos obliga a revisar y repensar cómo estamos viviendo, estudiando y teorizando lo digital.